

dose entre otras cosas á impedir que entraran en el ejército muchos protestantes, hecho que tanto disgustó á los liguistas, el emperador entraba en la senda de una política imperialista de grandes aspiraciones. En los años siguientes hubo perfecta inteligencia entre el emperador y su general y cesaron por completo las censuras que se habian formulado contra el sistema por este seguido en aquella campaña, pues en la corte imperial habíase al fin comprendido que el tal sistema habia de ser considerado no tanto desde el punto de vista militar como desde el político.

Esta tendencia político-militar del emperador, tal como Wallenstein la concebía, necesariamente habia de promover enérgica oposicion entre los príncipes alemanes, con la particularidad de que esta oposicion surgió de pronto mas franca que entre los adversarios protestantes entre los mismos amigos católicos, los cuales, antes de que apareciera Wallenstein, habian sostenido con sus propios recursos la guerra que consideraban principalmente religiosa, y ahora no solo se veían relegados á segundo término, sino que tambien miraban con creciente inquietud la tendencia política del emperador y su general encaminada á destruir la independencia de los príncipes. En este concepto, explícate perfectamente la violencia de las quejas, en parte fundadas, que en los círculos liguistas se formulaban contra las vejaciones de la soldadesca imperial y contra los alistamientos llevados á cabo por Wallenstein con aprobacion del emperador.

Estas quejas y acusaciones eran cada dia mas enérgicas, pues no solo los protestantes, sino tambien los católicos consideraban como pesada carga ese ejército cada vez mas numeroso, pues Wallenstein esquilma con sus acuartelamientos y exorbitantes contribuciones tanto los territorios católicos como los de los príncipes protestantes amigos, entre ellos el del elector de Sajonia. Además de esto, existía entre los católicos gran desconfianza contra Wallenstein porque este, segun queda dicho, toleraba en su ejército y en su séquito gran número de protestantes, y porque confería á estos los principales cargos militares por las razones que ampliamente expuso en la conferencia de Bruck de Leitha. Wallenstein, como hemos visto, no sentía el menor fanatismo religioso y únicamente pensaba en realzar el poder imperial y el suyo propio. Su elevada posicion, que le hacia ser orgulloso y altanero para con los príncipes alemanes, excitó naturalmente la envidia de estos hácia el advenedizo, que con su lujo y su esplendor comenzaba á eclipsar á todos los que procedían de estirpe de príncipes.

Todas estas quejas y acusaciones manifestáronse mas clara y enérgicamente en una asamblea que celebró la Liga en Wurzburg en 20 de febrero de 1627. En ella, despues de haber acordado aumentar el ejército liguista á fin de robustecer las propias fuerzas, convínose, á instancias de Baviera, en dirigirse por escrito y por medio de una embajada especial al emperador, quejándose de las violencias de Wallenstein y pidiendo que se suspendieran los alistamientos. En el curso de los debates formuláronse proposiciones tan radicales como la de firmar la paz con Dinamarca, llamar á Tilly y resistir con las armas las vejaciones de Wallenstein. Para constituir la embajada que habia de avistarse con el emperador fueron designados los electores de Maguncia y de Baviera, los cuales enviaron á Viena á Reinardo Metternich, cantor de la catedral de Maguncia, y al baron Conrado de Senftenau, los cuales debían exponer personalmente al emperador los deseos de la Liga y entregarle además un memorial de agravios de los electores católicos fechado en 20 de abril de 1627. El emperador se encontró en grave compromiso cuando recibió la embajada. Por un lado habia de mostrarse necesariamente agradecido á los príncipes de la

Liga por lo que le ayudaran en la guerra bohemía, y tenia que reconocer la justicia de muchas de las quejas en el memorial contenidas; pero por otro sabia perfectamente que nadie defendía sus intereses con tanto celo como el general contra quien iban dirigidas aquellas acusaciones. En tal situacion, procuró contestar á los embajadores con evasivas y promesas, y en efecto la respuesta que les dió en 17 de mayo solo hacia referencia á las quejas formuladas contra algunas arbitrariedades de varios jefes de segunda fila y prometía cuidar de que se mantuviera el orden y castigar todas las extralimitaciones. En cambio se negó rotundamente á suspender los alistamientos que habia convenido con Wallenstein, y sostuvo la necesidad de que los príncipes del círculo rhenano, amenazados por Holanda y por Francia, mantuvieran en sus territorios muchos regimientos de infantería y de caballería del ejército de Wallenstein. Tambien con este conferenciaron los embajadores, promoviéndose con este motivo violentas discusiones que daban á comprender claramente cuál era en el fondo el verdadero estado de cosas. Wallenstein, en una de aquellas conferencias, preguntó á los embajadores si los príncipes se figuraban que el emperador era una estatua, es decir, una figura decorativa de la constitucion imperial, á lo cual contestaron aquellos que el Imperio y el emperador habíanse prometido y jurado fidelidad y respeto el uno al otro. En suma, aquella embajada no consiguió en realidad el objeto para el cual habia sido nombrada.

Así debia de suceder desde el momento en que Wallenstein no tardó en alcanzar nuevas y grandes victorias para el emperador. Efectivamente, en una corta, pero brillante campaña aquel general expulsó de Silesia, y con ella de todos los territorios hereditarios, á los enemigos que la ocupaban. Allí tambien procedió de una manera muy distinta de lo que deseaba y esperaba el jefe de la Liga, el elector Maximiliano. Este, desde la primavera de 1627, pedía que Wallenstein cediera á Tilly una parte de su ejército para la guerra contra Dinamarca, pero Wallenstein no queria que esta terminara sin su cooperacion, y en su consecuencia dispuso que sus tropas permaneciesen en sus cuarteles de invierno hasta que él pudiera avanzar por el Imperio despues de haber derrotado á las tropas de Mansfeld, que desde Hungría se habia refugiado en Silesia y que, muerto Mansfeld, habian sido capitaneadas por el duque sajón Juan Ernesto, y al fallecimiento de este, ocurrido poco despues del de aquel, por Carpezon. En cambio, su gran perspicacia política le hizo comprender la conveniencia de enviar un cuerpo de ejército de algunos miles de hombres que auxiliara al rey de Polonia en su guerra con Suecia, á fin de impedir que Gustavo Adolfo pudiera tomar parte en la guerra de Alemania. Despues que por consejo de Eggenberg el emperador le hubo concedido el ducado de Sagan en pago de los anticipos que habia hecho, Wallenstein se dirigió contra las tropas de Mansfeld que se encontraban en Silesia, acampadas en la comarca de Cosel, Troppau y Jägerndorf. En 19 de junio de 1627 salió de Neisse, apoderóse en poco tiempo de Leobschütz y Jägerndorf, derrotó por completo al resto de las fuerzas enemigas en Cosel el día 9 de julio, y veinte dias despues rindió la plaza de Troppau, quedando por consiguiente todo aquel territorio libre de enemigos.

Entonces Wallenstein, despues de haber dejado en Silesia 15.000 hombres, dirigióse con el grueso de su ejército á la Baja Sajonia, provisto de nuevos y extraordinarios poderes del emperador, análogos á los que en otro tiempo habia llevado Maximiliano de Baviera para proceder á la ejecucion contra Bohemia. En 1.º de setiembre se reunió con Tilly en Lauenburg, y puesto al parecer de acuerdo con él para el

curso sucesivo de las operaciones, invadió los dominios que Cristian IV poseía en el continente y arrojó á las tropas dinamarquesas de Alemania, persiguiendo al teniente general Schlick hasta el interior de Jutlandia.

Pero al cabo de muy poco tiempo volvieron á surgir gra-

ves disonancias entre Wallenstein y el jefe de las fuerzas liguistas, por haber el primero pretendido apoderarse solo para sí de los extensos territorios conquistados por sus hechos de armas, al paso que Tilly queria que aquel país que durante tanto tiempo habia esquilmaado volviese á ser-



Israel ex. cum prael. Reg.
A. Vescart des forests, et des lieux solitaires. Ces infames Doleurs vivent en Alsace.
Bien loing de les crices et des soings militaires. Et leur bras tout sanglant ne le plait qu'aux larcins.
Tant ils font posseder, d'une cruelle envie
D'aller aux Voyageurs et les biens et la vie.

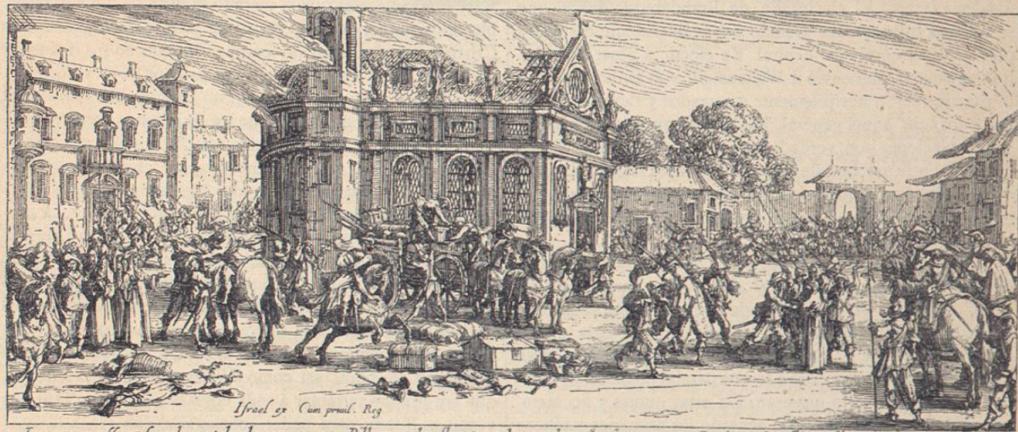
Soldados asaltando y saqueando un coche de viaje

Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) inserto en *Les miseres et malheures de la guerre*

vir exclusivamente para sus propios cuarteles de invierno.

Indignados por esta razon y por las horribles vejaciones cometidas por Wallenstein en los territorios por él ocupa-

dos, los liguistas, cumpliendo un acuerdo tomado ya en febrero en Wurzburg, convocaron una dieta de electores que debia reunirse en Muhlhouse y á la cual fueron invitados



Israel ex. Cum prael. Reg.
Icy par un effort sacrileg et barbare
On Demore enragé, et d'une humeur aigre
Pillent, et brulent tout, abattent les Autels.
Se moquent du respect qu'on doit aux Immortels,
Et coront des saints lieux les Viergez desolees
Qu'ils ont entreux pour estre violées.

Saqueo de un convento por los soldados

Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) inserto en *Les miseres et malheures de la guerre*

los electores de Sajonia y Brandeburgo, quienes acudieron en efecto á ella, porque ambos, pero especialmente el segundo, Jorge Guillermo, no podían ya con los acuartelamientos y las contribuciones de Wallenstein. Los príncipes oprimidos por Wallenstein se proponían, pues, hacer por medio de sus mas ilustres representantes una demostracion comun contra el despotismo imperial personificado en aquel general del Imperio, demostracion que, sin embargo, se revestia de

todas las formas legales y no iba dirigida directamente contra el emperador, sino contra su caudillo. El emperador, comprendiendo la verdadera intencion de los príncipes, concedió de muy mala gana el permiso necesario para que la dieta se celebrara. Precisamente porque el emperador apoyaba mas que nunca á su general, los de la Liga comprendieron que una accion comun era tanto mas necesaria cuanto que cada dia se entreveía mas claramente que en Viena

se acariciaba el plan de robustecer el poder monárquico en Alemania, «restringiendo para ello las preeminencias y el poder de los príncipes del Imperio.»

Todos los electores se hicieron representar en aquella dieta por embajadores, excepto los de Maguncia y Sajonia que asistieron á ella personalmente. El emperador envió al vicescanciller del Imperio, baron de Strahlendorf, á fin de estar al corriente de cuanto allí ocurriera. Desde el primer momento se pusieron á discusion en la dieta los medios que debian emplearse, primero para poner coto á los abusos de cruzar por los territorios y acampar en ellos, y despues para refrenar «las insolencias de la soldadesca indisciplinada y remediar el descontento que reinaba en el Sacro Romano Imperio.» Los motivos de queja que sirvieron de base á las discusiones y que estaban consignados en memoriales de agravios eran innumerables: las ciudades imperiales, en una detallada memoria, lamentábanse de que, á pesar de todas las seguridades y garantías ofrecidas por el emperador, habíanse visto vejadas por el paso frecuente de los ejércitos y por violencias de todas clases y habían sido perjudicadas en muchos millones, y los pequeños municipios, que en la matrícula del Imperio solo figuraban por unos pocos florines, habían tenido que pagar centenares de miles y además proveer al ejército de víveres y de cuanto necesitara. Análogas memorias presentaron el círculo franco y las diócesis de Halberstadt y Magdeburgo, demostrando todas ellas cuán exorbitantes sacrificios se exigieron á los territorios asolados por el ejército imperial. La diócesis de Magdeburgo estimaba en 687.233 thalers los gastos que los acantonamientos de Wallenstein le habían ocasionado desde octubre de 1626 á setiembre de 1627; algunas aldeas importantes habían tenido que pagar hasta 80.000 thalers, y la ciudad de Halle probó con datos fehacientes que se había visto obligada á satisfacer 430.000 florines, á pesar de lo cual aun debía á los generales 117.000. El electorado de Brandeburgo fué el que se vió mas inicuamente asolado y mas duramente castigado por su débil conducta neutral. En efecto, á pesar de todas las embajadas que envió á Wallenstein y al emperador, sus territorios fueron horriblemente saqueados y devastados por las tropas de aquel general. Las quejas que elevaron aquellas poblaciones son verdaderamente conmovedoras. Como ejemplo, entre muchos, de lo que allí sucedió, baste decir que en Stendal quedaron vacías 560 casas y en Gardelegen 200 por haber huido de ellas sus habitantes á fin de sustraerse á las vejaciones del ejército.

Dado este estado de cosas, no es de extrañar que el memorial de agravios enviado al emperador por la dieta de Muhlhouse en 3 de noviembre de 1627 estuviese redactado en términos muy duros y que en una carta dirigida al mismo Wallenstein se le amenazara embozadamente diciéndole que si no se ponía remedio á lo que pasaba no faltarían quienes por sí mismos lo pusieran. En estas quejas y acusaciones estaban perfectamente de acuerdo los príncipes católicos y los protestantes; pero naturalmente, aparte lo que al interés comun se refería, los primeros, que constituían la mayoría de los congregados, tuvieron algunas conferencias solos, de las cuales surgió por vez primera la funesta idea de decidir definitivamente en pro de los católicos, despues de derrotados los protestantes, la cuestion hacia tantos años debatida de las fundaciones eclesiásticas que se encontraban en poder de estos últimos. Con esto quedaba planteada la cuestion para un porvenir inmediato, no solo entre el protestantismo y el catolicismo, sino tambien entre la política de la Liga, que tendía á una enérgica reaccion religiosa, y la del general del emperador, que era la de este y que se proponía crear una autoridad imperial prescindiendo por de

pronto de todo punto de vista político. En ambos sentidos habían de traer una importante solucion decisiva los acontecimientos que en lo sucesivo se desarrollaron.

WALLENSTEIN EN EL APOGEO DE SU PODERÍO
PAZ CON DINAMARCA

La derrota completa que en las campañas de 1626 y 1627 había sufrido el prudente y sábio organizador Cristian IV de Dinamarca reconocía por causa no solo la superioridad militar de Tilly y de Wallenstein, sino tambien y muy principalmente el cambio general ocurrido en la situacion de Europa al que en realidad se debía la prepotencia militar de sus enemigos.

Cuando en 1625 se resolvió Cristian á encargarse de la direccion de la guerra en la Baja Alemania, había obrado no individualmente como príncipe, sino en cierto modo como mandatario de la coalicion europea, puesto que además de la proteccion que por todos los medios le prometieron sus aliados de El Haya, Inglaterra y Holanda, habíale ofrecido subsidios el cardenal Richelieu que en los comienzos de su gobierno reanudó en Francia la política antiespañola de Enrique IV. Por otra parte, se alentaba la esperanza de que se verificaria un ataque combinado, desde el Norte y desde el Este, contra el poder de los Habsburgos, y á este fin se habían establecido relaciones con Bethlen Gabor de Transilvania y tambien con Turquía, esperando que una agresion de esta contra los territorios hereditarios austriacos entrendría las fuerzas imperiales y haría por ende imposible que se unieran para una accion comun con el ejército de la Liga. Para realizar este plan fué enviado Mansfeld por Silesia á Moravia y Hungría. Si esta combinacion hubiese tenido el éxito que se esperaba, Cristian IV, apoyado por Holanda, Inglaterra y Francia, no hubiera encontrado en la Baja Alemania mas que al ejército liguista de Tilly y probablemente hubiera podido resistirle; pero, por desgracia para Cristian, esa combinacion europea fracasó en los dos sitios en donde debía desenvolverse, en los años 1626 y 1627.

Ya hemos visto que Mansfeld no halló en Bethlen Gabor el auxilio que esperaba, debido en gran parte á que este último perdió el apoyo que había creído poder conseguir de los turcos, pues estos se encontraban en sus provincias orientales comprometidos en una guerra con Persia y necesitaban estar libres de todo cuidado en el Oeste. De la misma manera que ellos tenían que luchar contra sus correligionarios discolos, el emperador Fernando se veía obligado á combatir en el Imperio contra los príncipes disidentes, lo cual fué causa de que unos y otro se mostraran dispuestos á arreglar pacíficamente la diferencias que los separaban. Entre los imperialistas, ninguno había tan convencido de la necesidad de obrar así como Wallenstein, el cual entendía que era preciso terminar á toda costa la guerra con Hungría y con la Puerta para poder consagrarse con plena libertad de accion á la lucha en Alemania. Por esta razon, segun declaró al príncipe de Eggenberg en aquella entrevista de Bruck de Leitha, había procedido con gran circunspeccion y no agresivamente en la campaña contra Gabor y los turcos, en la cual se había portado no tanto como general cuanto como político de gran perspicacia. De esta suerte había conseguido firmar primero con Gabor un nuevo convenio y en setiembre de 1627 la paz con los turcos sobre la base de la de Zsitwa-Torok, merced á lo cual el emperador estaba por este lado libre de todo peligro y Wallenstein pudo arrojarse con todas sus fuerzas sobre los restos del ejército de Mansfeld en Silesia y, una vez dispersadas estas tras una corta y brillante campaña, dirigirse á la Alemania del Norte y

en union con Tilly derrotar completamente al rey de Dinamarca.

Para oponerse á este ejército de imperiales y liguistas unidos no contaba Cristian IV con fuerzas suficientes, con tanta menos razon cuanto que la coalicion con sus aliados del Oeste de Europa no fué duradera, faltándole desde luego los subsidios de Francia porque Richelieu, tal vez contra su voluntad, había impreso nueva direccion á su política internacional.

Cuando en 1625 se realizó aquella aproximacion entre Francia, Inglaterra y Holanda, todo el mundo esperaba que Richelieu, despues de haber vencido todas las dificultades interiores de su país, tomara parte activa en la guerra contra Austria y España, y á fin de facilitarle esta tarea las po-

tencias protestantes, Inglaterra y Holanda, se habían puesto de acuerdo para auxiliar al cardenal en su lucha contra los hugonotes, que de nuevo había estallado en 1625, posponiendo el escrúpulo de combatir en Francia á sus correligionarios á la doble consideracion de que por un lado la contienda de Richelieu no afectaba á la religion, sino á la situacion política de los hugonotes, y de que, por otro, estos eran el único obstáculo que se oponía á que fuera un hecho la alianza con Francia. Con tales antecedentes, ya se comprenderá el asombro que produjo ver que Francia, despues de haber vencido á los hugonotes sin despojarles de su libertad política, firmaba en 1626 con España la paz de Barcelona, que echaba abajo todo el sistema de la alianza contra España y Austria. No sin razon se acusó á Richelieu de deslealtad por



Escena de campamento durante la guerra de Treinta años: á la izquierda, en primer término, se ve la cárcel
Facsimile del grabado de Jacobo Callot (1594-1635) «Sitio de Breda,» 1624

aquel acto; pero el cardenal sostuvo siempre que aquella paz con España había sido hecha á espaldas suyas y contra su voluntad por un partido católico radical del cual él no formaba parte y que no aprobaba su conducta en materias religiosas. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Richelieu hubo de seguir por de pronto la senda que le trazaba la política iniciada con la paz de Barcelona y de renunciar á sus miras contrarias á los Habsburgos.

Natural era que despues de este brusco cambio de la política de Francia esta nacion se mostrara muy pronto hostil á los que hasta entonces habían sido sus aliados, y así como antes de la paz de Barcelona se hablaba de un ataque de Inglaterra y Francia juntas contra España, despues de firmada aquella España y Francia se aliaron contra Inglaterra. Multitud de causas contribuyeron á aumentar la tirantez entre Inglaterra y Francia. En las disensiones que entonces surgieron entre la monarquía y el parlamento ingleses hubo de sentir Buckingham los efectos del descontento que en el pueblo inglés produjo el apoyo que había prestado á Richelieu contra los hugonotes franceses; y como el gobierno francés no cumplió las condiciones que á estos habían sido concedidas merced á la intervencion de Inglaterra, Buckingham aprovechó gustoso aquella ocasion que se le ofrecía de reconquistar el favor de los ingleses interviniendo en favor de los hugonotes, y aunque no pudo lograr este propósito por haber fracasado la expedicion organizada para socorrer á La Rochela, despertóse y exacerbóse con ello el antiguo anta-

gonismo entre Inglaterra y Francia, viéndose aquella envuelta en una guerra á la vez con esta y con España. En tales circunstancias, Inglaterra no podía apoyar la empresa comenzada en Alemania bajo su cooperacion; menos aun podía hacerlo Francia, que estaba aliada con España y se veía por ende en la imposibilidad de tomar parte en la lucha contra los Habsburgos alemanes. Así sucedió que habiendo el administrador Cristian Guillermo sido arrojado de su diócesis de Magdeburgo y habiéndose dirigido, por consejo del rey de Dinamarca, á Francia é Inglaterra en demanda de ayuda para Cristian IV, vió desatendida su súplica en ambos Estados, de suerte que el monarca dinamarqués se encontró completamente aislado en su lucha desigual contra Tilly y Wallenstein, que le persiguieron hasta muy adentro de su propio reino.

¡Qué imponente posicion alcanzó entonces en Alemania el victorioso generalísimo imperial que en la guerra del Este y en la de Alemania había obtenido triunfos tan valiosos para el emperador! Su ambicion tomaba cada dia mayor vuelo y su carácter rudo y desconsiderado le hacia ser poco respetuoso con todo aquello que estaba consagrado por la tradicion. Ya anteriormente habían los príncipes de la Liga formulado enérgicas quejas contra él por su desmedida soberbia; pero despues de sus victorias aun subió de punto la soberbia de Wallenstein, el cual creyóse entonces con mas derecho que nunca para continuar su obra sin consideracion alguna á los liguistas. Habiendo puesto la autoridad del